

en censuras veladas. Sobre este particular, el profesor Romera-Navarro pone de manifiesto que lo mismo, exactamente lo mismo, aconteció a todos los grandes escritores de la época, hecho que se explica plenamente por el pésimo gobierno que realizó el famoso monarca.

*En torno a la obra maestra.* — Esta monografía, que es indudablemente la mejor entre las cinco nuevas, es un estudio completo de *El críticón*, libro que el profesor Romera-Navarro analiza, de manera especial, por el aspecto novelístico. Sostiene a este propósito que, como novelista, se distingue Gracián de todos sus predecesores, tanto españoles como extranjeros, en dos cosas muy bien marcadas: le falta al jesuíta el amor a la acción que en todos ellos prevalece, y posee una muy característica condensación junto a la amplitud ordinaria de los demás.

Resumiendo ahora los nueve estudios que sobre el padre Baltasar Gracián ha escrito y coleccionado el profesor Romera-Navarro, puede afirmarse, sin ningún reato de conciencia, que tales estudios son una admirable contribución al conocimiento del verdadero carácter de las obras y de la personalidad del jesuíta aragonés, el que, dicho sea de paso, gana mucho en tales estudios como escritor, pero pierde mucho también como hombre.

NICOLÁS BAYONA POSADA.

UGO GALLO, *Storia della letteratura spagnola*. Milano, Casa Editrice Accademia, 1952. 763 págs.

Este libro de Ugo Gallo, a quien muy justamente se considera como uno de los más doctos hispanistas de Italia, es el tomo XII de la *Storia delle letterature di tutto il mondo*, la famosa colección iniciada por Vincenzo Errante. Y tan interesante la hallamos, a pesar de algunos reparos, que vamos a rendirle a continuación el homenaje que solemos tributar a los libros muy importantes: el de sintetizarlo por capítulos, usando, cuando es posible, las propias palabras del autor:

En tres grandes partes divide Ugo Gallo la historia de la literatura española: arranca la primera de los orígenes de la lengua castellana y llega hasta el renacimiento; comprende la segunda el tiempo transcurrido desde el siglo de oro hasta la edad moderna; abarca la tercera el estudio de los escritores del setecientos y los del ochocientos, para terminar con el de algunos de nuestros días.

*Primera parte.* — Se inicia la obra con un capítulo — un tanto confuso por causa de su extremado sintetismo — consagrado a estudiar no solamente los orígenes de la lengua castellana sino también, de manera especial, la influencia verdaderamente enorme que en la cultura de España, y en su literatura, como consecuencia lógica, ejercieron los

latinos — tanto paganos como cristianos —, los árabes que poseyeron por más de siete siglos la mayor parte del territorio hispano, y aun los judíos establecidos en las costas de la Península desde tiempos muy lejanos.

Sentadas así las bases indispensables para el estudio a fondo de la literatura española, entra Gallo al examen de los primeros monumentos de esta literatura: los poemas épicos primitivos. Resultado de tal estudio son las palabras siguientes: "Poseedora España de una épica muy completa, repite un fenómeno creador que, a su turno, había presentado la literatura griega. Como Homero, epónimo y unificador de los ciclos rapsódicos, fue el foco originario de la mayor parte de la poesía griega, de su mitología, del contenido de la tragedia, todo ello en torno al motivo de la lucha entre Occidente y Oriente, así, en España, el núcleo de la epopeya nacional fue la lucha entre cristianos y moros [...]. El fenómeno colectivo se pierde y se encuentra para unificarse en una obra individual: el *Cantar de Mio Cid*" (pág. 25).

El análisis comparativo de la primitiva poesía española, épica y popular como lo exigían los tiempos, conduce forzosamente a los investigadores a otro estudio: el de la aparición de la poesía erudita y el nacimiento y desarrollo de la prosa. Así acontece al profesor italiano, y de aquí el que los capítulos siguientes de su obra se encuentren destinados a libros y autores de importancia capital: los poetas del *me s t e r* de *c l e r e c í a*, representados por Gonzalo de Berceo, de quien Gallo elogia la ingenuidad y el realismo; Alfonso el Sabio, autor o inspirador de numerosas obras que "desde el punto de vista literario, dejan el saldo vigoroso de una prosa articulada, resuelta, apta para expresar conceptos si no filosóficos, sí pedagógicos y morales"; las traducciones de *Calila e Dimna* y de la *Gran conquista de ultramar*, que flexibilizaron notablemente la prosa castellana, y, en fin, *El libro de enxemplos del conte Lucanor et de Patronio*, terminado, como lo advierte Gallo, trece años antes de que Boccaccio diera comienzo a su *Decamerone*.

Aparecen aquí dos cumbres de esa literatura prodigiosa: el enigmático Arcipreste de Hita y el dolorido Jorge Manrique, poeta éste al que Gallo considera, muy discutiblemente, como superior, en conjunto, al Marqués de Santillana y a Juan de Mena. El estudio a fondo de Juan Ruiz, aunque realizado desde un ángulo francamente anticlerical, lleva al autor a conclusiones tan perspicaces como ésta: "Un momento de riqueza portentosa de gérmenes hay en España con la aparición del Arcipreste. Nace el tipo de Don Juan, se perfecciona el del Caballero Cifar en don Furón, y se anticipa, por no decir que se inicia, la gigantesca figura de la *Celestina*" (pág. 81). Y, por lo que toca a don Jorge, véase la justeza de este juicio: "La originalidad de Manrique es absoluta. Es el suyo uno de los grandes capítulos de la lírica española, lírica de un pueblo trágico, trágico como el griego antiguo y el tudesco moderno; tragedia originada por la capacidad de síntesis del realismo y

del idealismo, de la antítesis entre dos términos, de la concepción fatalista y pasional de la vida" (pág. 128).

Viene luego un capítulo admirable sobre la *Celestina*, obra a la que Gallo define en frase feliz: "abismo de sangrante verdad y de acendrado realismo"; libro en el que rastrea una influencia netamente italiana como la rastreó germánica en el *Cantar del Cid* y celtíbera en el *Libro de buen amor*; farsa de la cual afirma que — por los caracteres que traza y las pasiones que pinta — no pudo ser escrita sino por un judío, y, por añadidura, converso; cumbre literaria de la que dice muy sagazmente: "Sólo España, y la España de los grandes siglos, fermento de gentes y de instintos, de fuerzas desencadenadas y de emociones intensísimas, podía producir esta obra" (pág. 149).

Pero si es admirable el capítulo dedicado a la *Celestina*, no lo es menos el dedicado a esa "fusión de la exaltación-acción y de la admiración-espectáculo" que se llama el *Romancero*. Júzguese del amor con que lo estudia por el siguiente fragmento: "Máscara trágica, máscara: claridad de expresión de valor cognoscitivo. Dulzura de la canción que brota de la sensibilidad del sentimiento, de valor afectivo. Una espada, una coraza, un ágil movimiento, pero siempre de hierro; un verso, tras uno breve, uno más resonante, y tras uno más rápido otro más solemne: ésta extraña fusión se llama España" (pág. 169).

Y aquí termina la primera parte de la *Storia*.

*Segunda parte.* — Esta segunda parte, sin duda alguna la más enjundiosa del libro aunque no ceñida por completo a un orden cronológico o a uno ideológico, trae a la imaginación del lector un desfile de verdaderos colosos.

Inicia tal desfile don Miguel de Cervantes Saavedra, de quien estudia Gallo la vida y la obra en páginas rebosantes de comprensión; vienen luego Juan de la Encina y Lucas Fernández, Gil Vicente y Bartolomé de Torres Naharro, Lope de Rueda y Juan de la Cueva, maravillosos constructores de ese palacio imperial que es el teatro español; pasa en seguida, poseído de un *delirium tremens* creador, fray Félix Lope de Vega y Carpio, monstruo de la naturaleza y fénix de los ingenios; Juan Luis Vives, los hermanos Alfonso y Juan de Valdés, Cristóbal de Villalón, fray Antonio de Guevara y otros humanistas distinguidos, a los que sigue un grupo de historiadores beneméritos presididos por el padre Juan de Mariana, continúan gallardamente la marcha de los genios; pulsando cada cual su propia lira aparece un grupo en el que figuran Juan Boscán y Garcilaso de la Vega, Gutierre de Cetina y Baltasar del Alcázar, Alfonso de Ercilla y Fernando de Herrera, y en el cual se advierte sin demora la ausencia injustificada de fray Luis de León, relegado a un sitio secundario de la mística; solitario y magnífico avanza después el ilustre Góngora y Argote, a quien sigue a pocos pasos de distancia esa encarnación del alma española que se llamó Francisco Gómez de Quevedo y Villegas; acompañados de un lazarillo, de un

diablo cojo, de un buscón o de un mozo cualquiera, surgen los autores de las novelas picarescas más bellas del orbe; llevado a la gloria en los brazos del príncipe don Segismundo y en los del villano Pedro Crespo, entusiasmo a todos el paso del muy ilustre don Pedro Calderón de la Barca; Tirso de Molina y Mira de Amescua, Guillén de Castro y Alarcón, Moreto y Rojas Zorrilla buscan en el camino las huellas inconfundibles de Lope y de don Pedro; embebidos los ojos en la contemplación del infinito, aparecen san Ignacio de Loyola, Juan de Avila, fray Luis de Granada, Malón de Chaide, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, y cierra el desfile el enorme Gracián, pensador y artista, moralista utilitario y hombre de verdadero carácter.

Maravilla realmente la capacidad portentosa que muestra el profesor Gallo para trazar en breves líneas, en ocasiones en breves palabras, la vida y la obra de los personajes que estudia. Van a continuación algunos ejemplos:

De la vasta producción de Cervantes hace esta síntesis perfecta: "Es así Cervantes, principio, fin y vértice supremo de un modo de ser y de un modo de cantar que irradió en todas las direcciones, como si hubiera absorbido los jugos de todas las raíces. Fue la madurez perfecta de un mundo: el hispánico" (pág. 218). Lope de Vega, el oceánico Lope de Vega, cabe íntegro en esta sola frase: "La poesía era su camino, su verdad y su vida" (pág. 261). Del padre Mariana afirma: "Si no es un perfecto historiador es una alma viva, una conciencia clara y una pluma sobria, elegante, digna" (pág. 277). Toda la obra poética de Góngora aparece compendiada en estas líneas: "Poesía de perlas y de diamantes: poesía de cristal, fresca, luciente, pura, casi irreal" (pág. 319). Las novelas picarescas son reducidas a esta fórmula: "Estoicismo y cinismo: el estoicismo que crea una tragedia que no llora y el cinismo que produce una comedia que no ríe" (pág. 341). Quevedo queda definido así: "Si Lope es optimismo, Quevedo es pesimismo; si Cervantes idealismo, Quevedo realismo; si Góngora hedonismo y estética, Quevedo cinismo y satírica deformación" (pág. 343). Sobre el teatro de Calderón, finalmente, hace la siguiente apreciación: "Una especie de crisma espiritual e indestructible agita el alma de don Pedro: una teología joven, viva, tetragona como la de Dante; y si en Quevedo la fe se encuentra sometida a la muerte, a la negación, en Calderón la fe es ley y vitalidad, conquista y esperanza" (pág. 437).

Pero el desfile continúa.

*Tercera parte.* — El capítulo xxii de la *Storia* (que es la 1 de esta última parte), se halla destinado al siglo xviii, época afrancesada y academicista que Gallo considera "transición del barroco y de la contrarreforma al neoclasicismo y al racionalismo" (pág. 503). Por ella pasan unos pocos autores de prestigio: el benedictino Jerónimo Feijoo como polígrafo; el preceptista Ignacio de Luzán; el prosista Francisco José de Isla, en cuyo fray Gerundio encuentra Gallo "al pícaro que se

convierte en erudito y en crítico literario"; Diego de Torres Villarroel, verdadero epígono de la novela picaresca; los eruditos Gregorio Mayáns, Lorenzo Hervás, Esteban Arteaga, Enrique Flórez y Javier de Lampillas; los fabulistas Tomás de Iriarte y Félix María Samaniego; los comediógrafos Fernández de Moratín y Ramón de la Cruz, y los poetas Manuel José Quintana, Nicasio Gallego y Alberto Lista.

Mayor interés humano y literario tiene el capítulo siguiente, en el cual hace su aparición el romanticismo, escuela en cuyo seno, en opinión de Gallo, "esos dos elementos (la herencia pagana y el cristianismo) se confunden, se odian y se aman, pero se desposan" (pág. 532). Las alucinantes figuras de Mariano José de Larra, de Bartolomé Gallardo, de Ramón Mesonero Romanos y de Serafín Estébanez Calderón en el costumbrismo; de Juan Donoso Cortés y de Jaime Balmes — a quienes encuentra demasiado apasionados — en la prosa didáctica, y del Duque de Rivas, de García Gutiérrez y de José Zorrilla en el escenario de la farsa, llenan este capítulo, realmente admirable por la simpatía que despierta en el lector, aunque tiene apreciaciones francamente discutibles. Este capítulo, además, abre la puerta al siguiente — el xxiv — consagrado al estudio de la vida y la obra de los cuatro grandes líricos del romanticismo español: José de Espronceda, "fuente lírica, valor único pero no unitario, fuente volcánica en que se mezclan el fuego puro y las escorias"; el Duque de Rivas, cuyo mayor mérito es "el restituir lo español a la poesía española con el retorno de la compostura un poco adusta"; José Zorrilla, autor de obras que son "poesía de los ojos para el alma", y, por último, Gustavo Adolfo Bécquer, de quien las *Rimas* llevan envueltas "la angélica fuerza del dolor, la lenta fuerza de una caricia y la penumbra de un presagio" (págs. 552, 553, 558 y 559, respectivamente).

Viene luego otro capítulo apasionante, dedicado al estudio de la novela española en el siglo xix. Este estudio comienza con el examen de la obra novelística de doña Fernán Caballero, en quien ya las brumas románticas comienzan a teñirse con colores de realidad; continúa con don Pedro de Alarcón, autor que resulta, por su regionalismo y la psicología de sus personajes, un precursor de Pereda y de Valera; sigue con don José María de Pereda, algunas de cuyas novelas son verdaderas epopeyas del terruño natal; se enfrenta luego con Juan Valera, el tesorero general de la lengua castellana; analiza a continuación la vasta obra de don Benito Pérez Galdós, a quien reconoce todos sus méritos pero a quien no tacha de sectario, como sí lo hace con algunos escritores católicos; elogia en seguida los caracteres femeninos que suele exhibir don Armando Palacio Valdés, como también el dinamismo que ostenta casi siempre la condesa de Pardo Bazán, y, tras de algunas consideraciones sobre la obra realizada por Leopoldo Alas, remata el capítulo con la presentación de don Vicente Blasco Ibáñez, cuya pluma recorrió triunfalmente toda la gama de la novela, desde el idilio azul hasta la

roja tragedia. El examen de conciencia a que Gallo somete la novelística española continúa en el capítulo xxxii con algunas consideraciones sobre el estilo y la psicología de los libros principales de don Ramón del Valle Inclán y de Azorín, para finalizar en el xxxiii con las figuras arrogantes de Pío Baroja, Ramón Pérez de Ayala y Gabriel Miró, las más altas cumbres del novecientos pleno.

Toda historia de la literatura española sería incompleta de no figurar en ella representantes autorizados de la crítica, del ensayo y del humanismo: tantos y tan grandes son los cultivadores españoles de la literatura de ideas. Así lo comprende Gallo, y aunque no cita, o cita apenas como en una lista telefónica a Francisco Rodríguez Marín, a Ramón Menéndez Pidal, a Ramiro de Maeztu, a Salvador de Madariaga, a Julio Cejador y Frauca y a otros varios, analiza a fondo los tres que él considera como las cumbres del género. Es el primero Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien estudia con admiración pero sin emoción y de quien hace esta síntesis: "Fue un maestro y un preparador, un educador y un trabajador sin par. Contra la dispersión y la anulación de la facultad creadora, opuso la búsqueda del propio pasado; creó una tradición conciente; trazó la historia del espíritu español que buscó y halló en documentos, y enseñó el método para continuar sus investigaciones" (pág. 588). Es el segundo Angel Ganivet, cuya vida y cuya obra arrancan expresiones de entusiasmo y esta síntesis sincera: "La vida de Ganivet se divide realmente en tres partes: Granada, niñez y adolescencia, todo el pasado de la estirpe y de la sangre; Madrid, todo el pasado histórico de la nación y un presente que lo fuerza a autoeducarse y a pensar; el mundo europeo, con nueva experiencia y una conformación total de su misticismo y realismo, de su hispanismo conservador y renovador" (pág. 597). Es el tercero y último el discutido Miguel de Unamuno, polígrafo eminente que arranca a la pluma de Gallo esta admirable radiografía: "Temperamento biliar más que bilioso, pronto siempre a prevenirse, a defender y atacar, a expresarse en perspicaz análisis o a reagruparse en cerrada síntesis. Todo lo reduce a sus propias pasiones y persuasiones, las cuales concilia con un sentimiento de la vida que bien puede calificarse de geológico" (pág. 617).

Pero si el estudio del humanismo es deficiente, como acaba de verse, el análisis de la moderna poesía española no deja nada que desear. Cinco capítulos de su *Storia* — los marcados con los números xxvii, xxix, xxx, xxxi y xxxiv — están dedicados al tema. Inicia Gallo tal estudio con un análisis muy interesante sobre la influencia avasalladora que en la poesía española del siglo xix ejerció Rubén Darío, y hace que desfilen después, en pos del nicaragüense inmortal, los grandes poetas de la España moderna. Veámoslos... Juan Ramón Jiménez: "Juan Ramón crea de entre su propia sensibilidad, fluidez y transparencia. El genio de su lengua, fijado gracias al magisterio de Darío en una música viva, se trueca en luz absoluta que recuerda al místico San

Juan de la Cruz al mismo tiempo que a Góngora, el místico de la estética" (pág. 631). Los hermanos Machado: "Antonio es un parnasiano, Manuel un estoico y un épico" (pág. 656). García Lorca: "Como la guitarra del virtuoso solista Andrés Segovia se hace órgano y orquesta bajo aquellas manos apasionadas y poderosas, así la poesía de la guitarra y de la sangre, en los ritmos de García Lorca" (pág. 660). Rafael Alberti: "Es el arcángel de una España dividida, herida, mutilada, caótica, rebelde y satánica" (pág. 709). Pedro Salinas: "Es el lírico que asciende hacia una nueva épica del espíritu" (pág. 716). Jorge Guillén: "Otro tránsito de origen ganivetiano, y la cumbre más alta después de Manuel Machado y Juan Ramón Jiménez" (pág. 717). Dámaso Alonso: "Es una contribución muy valiosa a la renovación del gusto, y la base de esta labor es filológica, de exactitud científica" (pág. 718).

*Conclusión.* — De todo lo anterior se desprende que a la *Storia* de Ugo Gallo pueden hacerse algunos reparos: injusticias notorias, supresión de algunos escritores y no inclusión de capítulos trascendentales, como el referente al teatro contemporáneo. Tales reparos a la *Storia* — que más que una historia propiamente dicha es una serie de monografías sobre autores y libros de literatura española — no logran oscurecer el brillo magnífico de la obra, rebosante de apreciaciones notables, de juicios muy profundos y aun de hallazgos de suma importancia.

NICOLÁS BAYONA POSADA.

VÍCTOR ALBA, *La concepción historiográfica de Lucio Anneo Floro*. (Manuales y Anejos de *Emérita*, X). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953. 227 págs.

El día 4 de junio de 1952, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, ante un jurado compuesto por los señores catedráticos don Bernaldo Alemany, don Carmelo Viñas, don Manuel Fernández Galiano, Fray Justo Pérez de Urbel y don Santiago Montero, leyó el ya conocido investigador don Víctor Alba las páginas fundamentales de un trabajo de tesis presentado por él para optar al título de Doctor. Tal trabajo mereció, por unanimidad, calificación de sobresaliente, razón por la cual acaba de ser editado por el Instituto Antonio de Nebrija del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

*La concepción historiográfica de Lucio Anneo Floro*, que tal es el título del trabajo del señor Alba, es, indudablemente, una obra que bien merece la calificación y la publicidad. Se trata, en efecto, de una obra original, rica en hallazgos científicos y escrita con verdadero amor al tema.

Comienza el estudio en cuestión con una amplísima y documentada *Introducción*, encaminada a estudiar, hasta en sus detalles, la contribu-